

# La inculturación del evangelio a la luz de los escritos publicados del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer

Luis Martínez Ferrer  
Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma

## 1. INTRODUCCIÓN

El término inculturación es relativamente reciente en el vocabulario teológico. Fue en 1977 cuando se utilizó por primera vez en un documento eclesial de alcance universal, con ocasión del *Mensaje al Pueblo de Dios* del Sínodo de obispos de ese año<sup>1</sup>. Juan Pablo II usó el término por primera vez en 1979, en un discurso dirigido a la Pontificia Comisión Bíblica<sup>2</sup>. Hoy en día, a pesar de su relativa novedad como vocablo, se puede afirmar que la inculturación ocupa un lugar muy destacado en la reflexión teológica y en el magisterio eclesial<sup>3</sup>.

En estas líneas nos proponemos reflexionar en torno al concepto de inculturación, a la luz de los escritos publicados del Beato Josemaría Escrivá (1902-1975), Fundador del Opus Dei. Aunque el término inculturación no aparece en sus obras, podemos extraer de ellos diversas enseñanzas que hacen referencia, directa o indirecta, al concepto de inculturación. Una cuestión que nos puede ayudar en nuestro trabajo es considerar si el Beato Josemaría se planteó la cuestión de la encarnación del mensaje evangélico en las diversas culturas del planeta. Sin embargo, en orden a una más clara exposición, pensamos que, en primer lugar, debemos abordar dos cuestiones previas: a) cuál es el significado de la palabra cultura en los escritos publicados del Fundador del Opus Dei; b) conviene también detenerse sobre el propio espíritu del Opus Dei, para dilucidar si

<sup>1</sup> SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Mensaje al Pueblo de Dios 'Cum iam ad exitum'*, 28-X-1977, n. 5. Original latino y una traducción italiana en *Enchiridion Vaticanum*, Bologna 1993, vol. VI, pp. 302-303.

<sup>2</sup> Texto original en *Insegnamenti Giovanni Paolo II*, Roma 1979, vol. II/1, pp. 980-981.

<sup>3</sup> Cfr., por ejemplo, las referencias en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 40, donde el Papa señala que el Cristianismo del Tercer Milenio deberá responder a la “exigencia de la inculturación”.

contiene en sí mismo elementos que puedan iluminar el discurso sobre la inculturación.

*a. El término cultura en los escritos publicados de Josemaría Escrivá*

Hablar de cultura es hablar de uno de los términos que más han estado en el centro de los debates intelectuales del siglo XX<sup>4</sup>. Simplificando mucho, podemos afirmar que hoy en día coexisten dos conceptos fundamentales de cultura<sup>5</sup>. Uno más tradicional, de tipo humanístico, que concibe la cultura como el conjunto de saberes que perfeccionan a una persona concreta, haciendo de ella una persona “cult”. Es un concepto de tipo subjetivo, pues contempla sobre todo al individuo. Y existe un segundo concepto, de carácter sociológico, que entiende la cultura como el desarrollo de las capacidades humanas en vistas a configurar una sociedad particular con unos rasgos específicos. En este sentido hablamos de cultura francesa, cultura vasca, la cultura urbana, etc. Aquí la cultura viene no tanto relacionada con un individuo cuánto con un grupo social<sup>6</sup>.

Si queremos aproximarnos al concepto de cultura que existía en España a comienzos del s. XX quizás lo más sencillo sea acudir a la Enciclopedia Espasa, omnipresente entonces —y ahora— en las bibliotecas españolas. La voz cultura aparece en el tomo 16, publicado en 1913<sup>7</sup>; podríamos decir que presenta tres principales conceptos de cultura: uno humanístico, uno humanístico-sociológico y un tercero estrictamente sociológico. El concepto humanístico sería el siguiente: «resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio (de) las facultades intelectuales del hombre». Como se ve, hace directa y exclusiva referencia al individuo concreto. La segunda acepción que destacamos es la que hemos llamado “humanístico-sociológica»: «estado de adelanto o pro-

<sup>4</sup> Sólomente como introducción al problema, remitimos a M<sup>a</sup>. GARCÍA AMILBURU, *¿Qué entendemos por cultura?*, en J. M<sup>a</sup> Ortiz (coord.), *Veinte claves para la nueva era*, Madrid 1992, pp. 133-143.

<sup>5</sup> Seguimos aquí la argumentación de H. CARRIER, *Dizionario della cultura. Per l'analisi culturale e l'inculturazione*, Città del Vaticano 1997, pp. 120-131.

<sup>6</sup> El Concilio Vaticano II emplea el término cultura coordinando lo que aquí hemos llamado los dos sentidos: subjetivo y sociológico. Const. *Gaudium et spes*, 53: «Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano».

<sup>7</sup> Cfr. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, Madrid 1913, vol. XVI, pp. 1105-1106.

greso intelectual o material de un pueblo o nación”. Se trata en este caso de aplicar el sentido humanístico de cultura a una colectividad: es un “afinamiento” a nivel colectivo.

La tercera acepción podría considerarse estrictamente sociológica porque refleja el progreso moral de una sociedad: «Es uno de los elementos integrales de la civilización; su concepto es, por tanto, menos extenso que el de ésta. La civilización comprende el progreso material y el moral; la cultura dice sólo relación a éste último, abarcando la instrucción (desarrollo y cultivo de la inteligencia) y la educación (que se refiere a la voluntad)».

Con estas breves premisas, veamos ahora la acepción del término cultura en los escritos del Beato Josemaría. Si nos limitamos a la trilogía *Camino*, *Surco*, *Forja*<sup>8</sup>, el vocablo cultura aparece diez veces. En cinco ocasiones es usado el vocablo en términos claramente humanísticos, pues hacen directa referencia a un individuo concreto. Como afirma Pedro Rodríguez, el mayor estudioso de *Camino*, Escrivá se refiere a una «cultura objetivada, que se puede “ambicionar” y se puede “poseer” como fruto personal de la lectura, del estudio, de la investigación, de la asimilación de los conocimientos científicos, etc.»<sup>9</sup>. El punto 345 de *Camino* es muy claro:

«¡Cultura, cultura! —Bueno: que nadie nos gane a ambicionarla y poseerla. —Pero, la cultura es medio y no fin»<sup>10</sup>.

Los otros cinco puntos se orientan más bien en una dirección humanística-sociológica, pues la cultura viene referida en términos más generales: como “valor humano”<sup>11</sup>, o como una de las «manifestaciones de la vida

<sup>8</sup> *Camino*, tras una versión parcial de 1934, es publicado por primera vez en 1939. *Surco* y *Forja* son escritos póstumos.

<sup>9</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*. Edición crítica-histórica preparada por Pedro Rodríguez, Rialp-Instituto Histórico Josemaría Escrivá (Obras completas de Josemaría Escrivá, I/1), Madrid 2002, p. 510.

<sup>10</sup> En esta misma línea se mueve el punto 347 de *Camino*: «Sólo te preocupas de edificar tu cultura. —Y es preciso edificar tu alma. —Así trabajarás como debes, por Cristo: para que Él reine en el mundo hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas, y, desde ellas, ejerciten calladamente —y eficazmente— un apostolado de carácter profesional.»; el punto 934 de *Surco*: «No te asustes ni te asombres, ante la cerrazón de algunos. Nunca dejará de haber fatuos que esgriman, con alardes de cultura, el arma de su ignorancia»; y los puntos 719 y 740 de *Forja*: «Deber de cristiano y de ciudadano es defender y fomentar, por piedad y por cultura, los monumentos diseminados por calles y caminos —cruceiros, imágenes marianas, etc.—, reconstruyendo los que la barbarie o el tiempo destruyan»; «Nuestra condición de hijos de Dios nos llevará —insisto— a tener espíritu contemplativo en medio de todas las actividades humanas —luz, sal y levadura, por la oración, por la mortificación, por la cultura religiosa y profesional—, haciendo realidad este programa: cuanto más dentro del mundo estemos, tanto más hemos de ser de Dios».

<sup>11</sup> *Surco*, 293: «‘Es tiempo de esperanza, y vivo de este tesoro. No es una frase, Padre —me dices—, es una realidad’. Entonces..., el mundo entero, todos los valores humanos que te

moderna<sup>12</sup>; los puntos 310 y 311 de *Surco* apuntan también a un concepto general de cultura, en cuanto que determina un ámbito concreto dentro de la vida social<sup>13</sup>. En estos cuatro puntos de *Surco* recién citados (293, 302, 310 y 311), la cultura aparece como un aspecto particular dentro de un elenco más amplio de valores humanos: economía, educación, vida familiar, política, etc.

En el caso del punto 974 de *Forja*, la cultura aparece, junto con la “práctica cristiana”, como parte del binomio de la “verdadera ciencia” que contribuirá a derrotar los enemigos de Jesús<sup>14</sup>.

Obsérvese que, tanto en los cinco puntos que hemos llamado humanísticos, como en los cinco humanístico-sociológicos, el vocablo cultura aparece siempre en relación con ámbitos intelectuales. No hemos encontrado, sin embargo en la trilogía considerada, un concepto exclusivamente sociológico, que pueda llevar, por ejemplo, a intercambiar los términos cultura por civilización, o a adecuarse a la descripción de cultura de *Gaudium et spes* 53. Lo cual no quiere decir que las referencias a la cultura de tipo humanístico o humanístico-sociológico no tengan una real conexión con el sentido estrictamente sociológico, puesto que se encuentran siempre en el mismo campo semántico. Pero lo que nos interesa destacar aquí es que, si deseamos profundizar en la teología de la inculturación a través de los escritos del Beato Josemaría, debemos tener en cuenta que nuestro

atraen con una fuerza enorme —amistad, arte, ciencia, filosofía, teología, deporte, naturaleza, cultura, almas...—, todo eso deposítalo en la esperanza: en la esperanza de Cristo.»

<sup>12</sup> *Surco*, 302: «Esta es tu tarea de ciudadano cristiano: contribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la economía, el trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social».

<sup>13</sup> *Surco*, 310: «No podemos cruzarnos de brazos, cuando una sutil persecución condena a la Iglesia a morir de inedia, relegándola fuera de la vida pública y, sobre todo, impidiéndole intervenir en la educación, en la cultura, en la vida familiar. No son derechos nuestros: son de Dios, y a nosotros, los católicos, Él los ha confiado..., ¡para que los ejercitemos!». *Surco*, 311: «Muchas realidades materiales, técnicas, económicas, sociales, políticas, culturales..., abandonadas a sí mismas, o en manos de quienes carecen de la luz de nuestra fe, se convierten en obstáculos formidables para la vida sobrenatural: forman como un coto cerrado y hostil a la Iglesia. Tú, por cristiano —investigador, literato, científico, político, trabajador...—, tienes el deber de santificar esas realidades. Recuerda que el universo entero — escribe el Apóstol— está gimiendo como en dolores de parto, esperando la liberación de los hijos de Dios».

<sup>14</sup> *Forja*, 974: «Los enemigos de Jesús —y algunos que se dicen sus amigos—, cubiertos con la armadura de la ciencia humana, empuñando la espada del poder, se ríen de los cristianos como el filisteo se reía de David, despreciándole. También ahora caerá por tierra el Goliat del odio, de la falsía, de la prepotencia, del laicismo, del indiferentismo...; y entonces, herido el gigantón de esas falsas ideologías por las armas aparentemente débiles del espíritu cristiano —oración, expiación, acción—, le despojaremos de la armadura de sus erróneas doctrinas, para revestir a nuestros hermanos los hombres con la verdadera ciencia: la cultura y la práctica cristiana».

autor tiende a usar el término cultura en una acepción ligeramente diferente a como la emplean los documentos del magisterio contemporáneo; lo cual resulta bastante lógico, pues el uso de la palabra cultura en el sentido sociológico, y su articulación con el término inculturación es algo de los años 70. Cuando murió el Fundador del Opus Dei aún no había ningún documento eclesiástico universal que contuviera el vocablo inculturación. Consideremos ahora del carácter universal del espíritu del Opus Dei.

*b. El carácter romano y universal del Opus Dei*

La esencia de lo que deseo exponer en este epígrafe se encuentra condensada en esta reflexión de Mons. Javier Echevarría, actual prelado del Opus Dei: «Doy extraordinaria importancia al hecho que el espíritu del Opus Dei, por haber nacido romano y universal, se acomode a las circunstancias más diversas de naciones y ambientes, pues —sin menguar la idiosincrasia propia de cada país y persona—, lleva a poner todo el esfuerzo por santificar la vida, las costumbres y los trabajos de quienes habitan cualquier rincón de la tierra»<sup>15</sup>. Ante todo, obsérvese la afirmación: el Opus Dei «nació romano y universal». Esta romanidad-universalidad guarda, evidentemente, una profunda analogía con la Iglesia católica. Como recuerda el Beato Josemaría en una homilía de 1972, la catolicidad de la Iglesia nace ya en Pentecostés:

«Desde hace siglos la Iglesia está extendida por todo el mundo; y cuenta con personas de todas las razas y condiciones sociales. Pero la catolicidad de la Iglesia no depende de la extensión geográfica, aunque esto sea un signo visible y un motivo de credibilidad. La Iglesia era ya Católica en Pentecostés; nace Católica del Corazón llagado de Jesús, como un fuego que el Espíritu Santo inflama»<sup>16</sup>.

Desde el inicio, por querer divino, la Iglesia estaba abierta a todos los hombres de todas las culturas. La Iglesia, siendo siempre la misma, es una, y a la vez católica, como le gustaba recordar al Fundador del Opus Dei<sup>17</sup>. Y la clave de esa

<sup>15</sup> J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid 2000<sup>2</sup>, p. 348.

<sup>16</sup> *Amar a la Iglesia*, 27. De la homilía *Lealtad a la Iglesia*.

<sup>17</sup> En la citada homilía *Lealtad a la Iglesia*, San Josemaría cita dos veces este pasaje de una carta del Santo Oficio a los obispos ingleses sobre la unidad y catolicidad de la Iglesia: «La verdadera Iglesia de Jesucristo se constituye y reconoce por autoridad divina con la cuádruple nota que en el símbolo afirmamos debe creerse; y cada una de estas notas, de tal modo está unida con las otras, que no puede ser separada de ellas; de ahí que la que verdaderamente es y se llama Católica, debe juntamente brillar por la prerrogativa de la unidad, la santidad y la sucesión apostólica. Así, pues, la Iglesia Católica es una unidad conspicua y perfecta del orbe de la tierra y de todas las naciones, con aquella unidad por cierto de la que es principio, raíz y origen indefectible la suprema autoridad y 'más excelente principalía' [S. Ireneo, *Ad. haer.*, 3,3,1] del bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, y de sus sucesores en la cátedra romana. Y no hay otra Iglesia Católica, sino la que, edificada sobre el único

misteriosa, pero real, conjunción de la unidad con la catolicidad se encuentra en la figura del Pontífice romano, como señala la misma homilía:

«Esta Iglesia Católica es romana. Yo saboreo esta palabra: ¡romana! Me siento romano, porque romano quiere decir universal, católico; porque me lleva a querer tiernamente al Papa, *il dolce Cristo in terra*, como gustaba repetir Santa Catalina de Siena, a quien tengo por amiga amadísima.

«“Desde este centro católico romano” —subrayó Paulo VI en el discurso de clausura del Concilio Vaticano II— “ninguno es, en teoría, inalcanzable; todos pueden y deben ser alcanzados. Para la Iglesia Católica nadie resulta extraño, nadie está excluido, nadie se considera lejano”. Venero con todas mis fuerzas la Roma de Pedro y de Pablo, bañada con la sangre de los mártires, centro de donde tantos han salido para propagar en el mundo entero la palabra salvadora de Cristo. Ser romano no entraña ninguna muestra de particularismo, sino de ecumenismo auténtico; supone el deseo de agrandar el corazón, de abrirlo a todos con las ansias redentoras de Cristo, que a todos busca y a todos acoge, porque a todos ha amado primero»<sup>18</sup>.

Son claves estas palabras: «ser romano no entraña ninguna muestra de particularismo». La unión con el Papa es señal segura de buen espíritu, de apertura a todo el orbe y sus pueblos y culturas. Pues bien, de una manera análoga a como la Iglesia es romana y universal desde el inicio, el Opus Dei es, desde su fundación el 2 de octubre de 1928, romano y universal por querer divino. En otras palabras, el Opus Dei es una institución de la Iglesia Católica querida explícitamente por Dios con unas características muy específicas. Y una de esas características esenciales es la apertura de su mensaje —la llamada a la santidad en medio del mundo, a través de las circunstancias ordinarias de la vida— a hombres y mujeres de todas las culturas.

Cuando Josemaría Escrivá se refería al fenómeno del Opus Dei, lo describía a veces como abierto a todos los trabajos honrados del hombre sobre la tierra<sup>19</sup>. En otras ocasiones la referencia a una apertura a hombres de todas las culturas es explícita. En estos textos, el Fundador, sin emplear la palabra cultura,

Pedro, se levanta por la unidad de la fe y la caridad “en un solo cuerpo conexo y compacto [Ef 4, 16]» (Carta del Santo Oficio a los obispos de Inglaterra, 16-IX-1864, en Denzinger - Hünermann, 2888; las citas en *Lealtad a la Iglesia*, cit., pp. 20 y 33-34).

<sup>18</sup> *Lealtad a la Iglesia*, 28.

<sup>19</sup> Véase este texto de 1932: «Al suscitar en estos años a su Obra, el Señor ha querido que nunca más se desconozca o se olvide la verdad de que todos deben santificarse, y de que a la mayoría de los cristianos les corresponde santificarse en el mundo, en el trabajo ordinario. Por eso, mientras haya hombres en la tierra, existirá la Obra. Siempre se producirá este fenómeno: que haya personas de todas las profesiones y oficios, que busquen la santidad en su estado, en esa profesión o en ese oficio suyo, siendo almas contemplativas en medio de la calle» (*Carta 9-I-1932*, n. 92, cit. por A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1997, vol I, p. 304).

utilizaba los términos raza, lengua o país. Así escribía en sus *Apuntes íntimos*, en los años 30: «llegará pronto la Pentecostés de la Obra de Dios... y el mundo todo oirá en todas sus lenguas las aclamaciones delirantes de los soldados del Gran rey: *Regnare Christum volumus!*»<sup>20</sup>.

En una entrevista, publicada en la revista *Time* (15-IV-1967), el Beato Josemaría expresaba nítidamente la dimensión originaria de la universalidad de la Obra. Así respondía a la pregunta de “cómo y por qué fundó el Opus Dei”:

«¿Por qué? Las obras que nacen de la voluntad de Dios no tienen otro por qué que el deseo divino de utilizarlas como expresión de su voluntad salvífica universal. Desde el primer momento la Obra era universal, *católica*. No nacía para dar solución a los problemas concretos de la Europa de los años veinte, sino para decir a hombres y mujeres de todos los países, de cualquier condición, raza, lengua o ambiente —y de cualquier estado: solteros, casados, viudos, sacerdotes—, que podían amar y servir a Dios, sin dejar de vivir en su trabajo ordinario, con su familia, en sus variadas y normales relaciones sociales»<sup>21</sup>.

Nótese el profundo paralelismo de estas afirmaciones con las que antes hemos citado sobre la catolicidad originaria de la Iglesia. Aunque los textos se podrían multiplicar, queda patente un hecho: el carácter de universalidad del Opus Dei le viene directamente de Dios, tal y como se lo hizo ver al Fundador. Como la Iglesia, la Obra, parte de la misma, posee la capacidad de extenderse por todo el mundo sin perder su genuino espíritu. Unidad y universalidad vienen conjugadas maravillosamente, precisamente porque están en función de un mensaje universal: la santificación del trabajo y de las actividades cotidianas de los cristianos en medio del mundo. El espíritu de la Obra, al señalar como materia específica de santificación una situación humana general —el trabajo— puede ser vivido por hombres de toda raza y condición. De hecho, es lo que sucede en el Opus Dei, como refleja esta homilía del Fundador, pronunciada en la solemnidad de San José de 1963:

«Vosotros, que celebráis hoy conmigo esta fiesta de San José, sois todos hombres dedicados al trabajo en diversas profesiones humanas, formáis diversos hogares, pertenecéis a tan distintas naciones, razas y lenguas. Os habéis educado en aulas de centros docentes o en talleres y oficinas, habéis ejercido durante años vuestra profesión, habéis entablado relaciones profesionales y personales con vuestros compañeros, habéis participado en la solución de los problemas colectivos de vuestras empresas y de vuestra sociedad.

«Pues bien: os recuerdo, una vez más, que todo eso no es ajeno a los planes divinos. Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina. Esta es la razón por la cual os tenéis que santificar, contribuyendo al

<sup>20</sup> *Apuntes íntimos*, 240, cit. por A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, cit., p. 349.

<sup>21</sup> *Conversaciones*, 32.

mismo tiempo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente: esa profesión u oficio que llena vuestros días, que da fisonomía peculiar a vuestra personalidad humana, que es vuestra manera de estar en el mundo; ese hogar, esa familia vuestra; y esa nación, en la que habéis nacido y a la que amáis»<sup>22</sup>.

Como se ve, la llamada universal a la santidad no implica ningún particularismo, sino que se abre a todos los hombres y mujeres en todos los contextos socio-culturales. Y con esto entramos en la siguiente cuestión: si el Opus Dei, por voluntad divina, debía extenderse por todos los países y culturas, es plausible que el Fundador se planteara el problema de cómo encarnar el espíritu de la Obra en las diversas culturas.

### *c. La cuestión del “transplante”*

El Opus Dei nació el 2 de octubre de 1928. El Fundador y los primeros fieles de la Obra eran todos españoles<sup>23</sup> aunque, por querer divino, nació ya universal. Muy pronto, los primeros miembros de la Obra comenzaron a estudiar idiomas —inglés, alemán, japonés, francés— para preparar la futura labor fuera de España<sup>24</sup>. Pero dejemos que sea el propio fundador el que nos haga un breve recuento del comienzo del trabajo apostólico en los más diversos pueblos y culturas:

«Ya en los primeros meses de 1935 estaba todo preparado para trabajar en Francia, concretamente en París. Pero vinieron primero la guerra civil española y luego la segunda guerra mundial, y hubo que aplazar la expansión de la Obra. Como ese desarrollo era necesario, el aplazamiento fue mínimo. Ya en 1940 se inicia la labor en Portugal. Casi coincidiendo con el fin de las hostilidades, aunque habiendo precedido algunos viajes en los años anteriores, se comienza en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Estados Unidos, en México. Después, la expansión tiene un ritmo progresivo. A partir de 1949 y 1950: en Alemania, Holanda, Suiza, Argentina, Canadá, Venezuela y los restantes países europeos y americanos. Al mismo tiempo la labor se va extendiendo a otros continentes: el norte de África, Japón, Kenia y otros países de *East Africa*, Australia, Filipinas, Nigeria, etcétera»<sup>25</sup>.

En esta enumeración, con gran naturalidad vienen nombrados una buena parte de las culturas de la humanidad: diversas culturas europeas, América del

<sup>22</sup> *Es Cristo que pasa*, 46.

<sup>23</sup> Si bien el primer hijo espiritual de Josemaría Escrivá, Isidoro Zorzano, había nacido en Buenos Aires, bien que de una familia española, y regresó a España siendo muy niño.

<sup>24</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*. Edición crítica-histórica..., cit. pp. 262-263, 880-881.

<sup>25</sup> *Conversaciones*, 32.



Norte, del Centro y del Sur, diversas culturas asiáticas y africanas, Australia. Y esto es visto como un “desarrollo necesario”.

Evidentemente, la expansión apostólica a otros países planteaba el problema de la adaptación a nuevas costumbres y nuevas culturas. ¿Cómo lo resolvió el Fundador? Antes de pasar a esbozar la respuesta podemos considerar cuál era la doctrina de la Iglesia sobre la así llamada “adaptación misionera” en aquella época. Y esto, no porque se quiera equiparar el trabajo apostólico del Opus Dei con el que realizan los misioneros. (El Fundador del Opus Dei hubo de remachar y defender en diversas ocasiones este aspecto<sup>26</sup>). Pero no cabe duda de que la doctrina del magisterio sobre la penetración del Evangelio en las diversas culturas debía estar presente en la mente del Beato Josemaría a la hora de enviar a sus hijos e hijas a países con culturas muy diferentes de la autóctona.

Haciendo un rapidísimo repaso por los documentos del magisterio pontificio anterior al Vaticano II<sup>27</sup>, podemos señalar, entre otras, algunas pautas: a) Evi-

<sup>26</sup> Los miembros de la Obra que marchaban a otros continentes —África, por ejemplo— no lo hacían en calidad de misioneros, sino como cristianos corrientes que pasaban a desempeñar su trabajo profesional en un nuevo país, en el que iban a extender la labor apostólica del Opus Dei. Sobre la neta distinción entre el trabajo apostólico de los fieles del Opus Dei y la benemérita labor evangelizadora de los misioneros hay un episodio significativo en la historia de la Obra. El 2 de marzo de 1960 el Procurador General del Opus Dei, D. Pedro Casciaro, escribió una carta al Secretario de la Congregación vaticana de Propaganda Fide. La labor docente de algunos miembros de la Obra en Kenia (se empezó el trabajo apostólico en 1958) había sido interpretado por algunos miembros de la Jerarquía local como trabajo propio de misioneros y religiosos, y así los consideraba la autoridad civil. En la citada carta, Casciaro expresaba claramente la diferencia entre un misionero y un miembro del Opus Dei: «Questa confusione implica, inoltre, una mancanza di giustizia, perché le migliaia di anime che si sono consacrate al servizio di Dio e della Chiesa nell’Opus Dei, dall’anno 1928 in poi, lo hanno fatto secondo alcune norme giuridiche, che assicurano —per questa consacrazione— la *conditio sine qua non* di non essere religiosi, né di essere equiparati in alcun modo ai religiosi, come è stato innanzi esposto. Mi dà grande gioia far presente all’Eccellenza vostra [mons. Sigismondi, Segretario di Propaganda Fide] che il nostro Fondatore ha posto come parte principale del nostro spirito, particolarmente, quell’affanno di anime, che ci fa essere missionari non soltanto in terre di Missione, ma nel mondo intero. Cosicché, un avvocato, un medico, un operaio, un professore dell’Opus Dei, fanno il proprio lavoro come ciascun altro cittadino, procurando con il loro operato professionale di guadagnare anime alla Chiesa, in qualsiasi parte del mondo essi si trovino» (Carta del Procurador General del Opus Dei a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, Roma, 2-III-1960, en A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, Pamplona 1990 [4ª], Apéndice 41, p. 567). El dos de octubre de 1958 decía el Fundador del Opus Dei en una carta dirigida a sus hijos, y que luego sería enviada a Pablo VI: “no somos religiosos ni se nos puede llamar religiosos o misioneros” (*Carta 2-X-1958*, en A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario...*, cit., Apéndice 40, p. 563).

tar nacionalismos: Benedicto XV exhortaba en la encíclica *Maximum illud* (30-IX-1919) que los portadores del Evangelio deberían evitar servir en nuevos países a intereses patrios<sup>28</sup>. b) Adaptación y respeto a las culturas: Pío XII en la encíclica *Evangelii praecones* (2-VI-1951) tocaba por extenso la cuestión de la relación entre el Evangelio y las diversas culturas humanas: «La Iglesia, desde sus orígenes hasta nuestros días, ha seguido siempre la prudentísima norma que, al abrazar los pueblos el Evangelio, no se destruya ni extinga nada de lo bueno, honesto y hermoso que, según su propia índole y genio, cada uno de ellos posee»<sup>29</sup>. c) Apertura de la Iglesia a todas las culturas. Aspecto señalado por Juan XXIII en la encíclica *Princeps pastorum* (28-XI-1959): «Doquier haya auténticos valores del arte y del pensamiento, que pueden enriquecer a la familia humana, la Iglesia está pronta a favorecer ese trabajo del espíritu. Y ella misma [la Iglesia] no se identifica con ninguna cultura, ni siquiera con la cultura occidental, aun hallándose tan ligada a ésta su historia. Porque su misión propia es de otro orden: el de la salvación religiosa del hombre»<sup>30</sup>.

Si nos restringimos a los escritos publicados, no conocemos apenas cómo se planteó Escrivá de Balaguer la cuestión de lo que hoy se llama inculturación, con ocasión de la llegada de sus hijos a países no occidentales. En la ya citada entrevista al actual prelado del Opus Dei tenemos sintetizada la actitud del Fundador frente a los diversos pueblos:

«Con espíritu apostólico, nos recomendaba que nos adaptásemos al cien por cien al lugar donde viviésemos [...] Comprendió y potenció los valores humanos, culturales y religiosos de los países que visitó. Acudía a los sitios con la disponibilidad más absoluta de aprender lo positivo. Seguía con verdadero interés las informaciones y explicaciones que recibía. Con su capacidad de observación, descubría con increíble rapidez esos valores espirituales y humanos de los pueblos. Contribuyó además a que hubiese intercambio de conocimientos entre las naciones, para llegar a una verdadera comprensión y superar viejas querellas o enemistades ancestrales [...] luchó incansablemente contra la deformación del patriotismo que se convierte en nacionalismo exacerbado»<sup>31</sup>.

<sup>27</sup> Hemos puesto como fecha *ad quem* 1962 (inicio del concilio Vaticano II) porque más o menos por esas fechas la expansión del Opus Dei ya se hallaba presente en los cinco continentes: 1958 (Kenia, Japón), 1963 (Australia), 1964 (Filipinas), Nigeria (1965). Cfr. A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario...*, cit., p. 301.

<sup>28</sup> BENEDICTO XV, Enc. *Maximum illud*, ed. de F. GUERRERO, *El Magisterio pontificio contemporáneo*, Madrid 1992, vol. II, pp. 16-17.

<sup>29</sup> PÍO XII, Enc. *Evangelii praecones*, ed. de F. GUERRERO, *El Magisterio...*, cit., p. 51.

<sup>30</sup> JUAN XXIII, Enc. *Princeps pastorum*, ed. de F. GUERRERO, *El Magisterio...*, cit., p. 75.

<sup>31</sup> J. ECHEVARRÍA, *Memoria...*, cit., pp. 348-349.

Una de las preguntas de la entrevista que citamos aborda la cuestión de cómo orientaba el Fundador del Opus Dei a los que empezaban la labor apostólica en nuevas naciones:

«Quería que la empezasen unos pocos miembros de la Obra, y evitaba que apareciesen como grupo, con riesgo de enquistarse. Deseaba que tuviesen, desde el primer momento, la ilusión de integrarse en el país, amando y admirando sus buenas cualidades, comprendiendo y disculpando los defectos —siempre que no fueran ofensa a Dios—, poniendo en su actuación amor y espíritu cristiano. Además, elegía a personas de varias nacionalidades, para dejar claro que no iniciaba la labor del Opus Dei un grupo nacional —ni siquiera externamente—, y se tocaba con las manos la universalidad de la Obra.

»(...) Se ocupaba de que estuviesen atentos [los que iban a nuevos países] incluso a los detalles materiales más pequeños, para favorecer lo que llamaba el *transplante*, es decir, la acomodación al nuevo país. Por ejemplo, cuando se comenzó en Japón, donde se iban a encontrar con costumbres tan diferentes — idioma, cultura, ambiente, formación religiosa—, quiso que procediesen con prudencia, sin imponerse un cambio inmediato y radical hacia lo que desconocían; pero con el deseo sincero de habituarse a la idiosincrasia de esa gran nación, a la que iban a aprender y en la que, si el Señor no disponía otra cosa, debían gastar toda su vida»<sup>32</sup>.

A falta de textos publicados del propio Beato Josemaría, estas palabras de su segundo sucesor nos parecen suficientemente significativas. Se observa una sustancial coherencia con las enseñanzas del magisterio antes citadas: evitar el nacionalismo<sup>33</sup>, simpatía por los valores genuinamente humanos de los diversos pueblos, universalidad<sup>34</sup>. Con la palabra *transplante*, citada por Mons. Echevarría, pensamos que Josemaría Escrivá se debía referir no tanto al Evangelio o al espíritu de la Obra (el Evangelio, o el carisma del Opus Dei que se “transplantan” en una nueva cultura) sino a los fieles de la Obra, que debían realizar una personal acomodación —un *transplante*— a la nueva cultura.

Con todo, da la impresión que el Fundador del Opus Dei no trató explícitamente y de forma desarrollada y sistemática la cuestión teológica de la incultu-

<sup>32</sup> *Ibidem*, pp. 350-351.

<sup>33</sup> Véase el punto 315 de *Surco*: «Ama a tu patria: el patriotismo es una virtud cristiana. Pero si el patriotismo se convierte en un nacionalismo que lleva a mirar con desapego, con desprecio —sin caridad cristiana ni justicia— a otros pueblos, a otras naciones, es un pecado».

<sup>34</sup> Cfr. el punto 525 de *Camino*: «Ser ‘católico’ es amar a la Patria, sin ceder a nadie mejora en ese amor. Y, a la vez, tener por míos los afanes nobles de todos los países. ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y, lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses..., de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo. —¡Católico!: corazón grande, espíritu abierto».

ración. Ante el traslado de sus hijas e hijos a nuevas naciones, se limitó a señalar algunas medidas de tipo práctico.

## 2. CONCLUSIONES

A estas alturas de nuestro discurso, podemos establecer algunas conclusiones provisionales:

- 1) La línea para profundizar en la inculturación a la luz de los escritos del Beato Josemaría Escrivá no está en la consideración del uso de la palabra cultura en sus textos. Este término no viene concebido como realidad humana omni-abarcante sobre la que implantar el Evangelio; la cultura es vista, sobre todo, como la formación que afina las capacidades del individuo o de un grupo social, y que debe ser santificada. Pero es vista la cultura como una “parte”, un “elemento” entre otros que son susceptibles de emplearse para la gloria de Dios. Con todo, esa supuesta “parcialidad” de la concepción de la cultura encierra una gran capacidad de desarrollo. Pensamos que es más fructífera la utilización del término “trabajo” para profundizar en nuestro tema.
- 2) Estando sólo a los textos publicados, no hemos encontrado datos sobre si el Fundador del Opus Dei se planteó, directamente, el problema de la inculturación del Evangelio cuando envió a diversos hijos suyos a trabajar en países de cultura no occidental. Aquellos fieles de la Obra no eran misioneros, y se trasladaban a Kenia, Filipinas o Australia con el mismo espíritu que empezaban otros la labor en cualquier país de Europa. No parece que hubiera una problemática especial en los comienzos en esos países, fuera de la natural diferencia de usos y costumbres. Pero se trataba de problemas prácticos, pues el espíritu secular y a la vez universal del Opus Dei hacía que no hubiera especiales traumas al encontrarse con nuevas culturas.
- 3) Por tanto, si queremos profundizar en la inculturación a la luz de la doctrina del Beato Josemaría Escrivá pensamos que el camino es considerar precisamente el espíritu del Opus Dei y, a partir de ahí, sacar algunas conclusiones. Probablemente, dos núcleos interesantes para la reflexión sean estas dos cuestiones: la santificación del trabajo y el amor al mundo, consecuencias del cristocentrismo. Dejamos para ulteriores trabajos la profundización en estas cuestiones.